

Ya está a la venta el nuevo libro de José García Abad

‘Como se hundió el Banco Popular’

■ J. G. A.

El cuándo puede situarse en 2003 con el párkinson de Luis Valls que proporciona algún indicio del cómo, aunque en puridad se había introducido un virus mucho antes con un presidente en la cúspide de la gloria, un virus inofensivo en vida de éste pero que contribuyó a su caída cuando Ángel Ron tomó las riendas. El autor se refiere a la decisión de Valls de mantener la independencia a toda costa.

La decisión de Valls era coherente pues el Popular no era un banco como otro cualquiera que se compra y se vende según las leyes del mercado, propiedad de unos accionistas encantados de perder su independencia a un buen precio. El Popular tenía una misión sagrada como Obra de Dios. Debía obtener beneficios y lo consiguió sobradamente pero ello era secundario, supeditado a su divino propósito. No era un banco del Opus Dei pero sí producto del matrimonio de Luis Valls con el Opus Dei, en el que mandaba el primero pero que no tenía sentido sin el segundo.

Para librarse o dificultar el control ajeno, operaciones que se sucedieron porque el Popular era una novia sumamente atractiva, dejó que un par de consejeros delegados optaran por el crecimiento rápido que hiciera más difícil una OPA para Valls siempre hostil. La vía más rápida la proporcionaba la senda inmobiliaria en la que el Popular entró. En el peor momento, poco antes de que estallara la burbuja, asumiendo riesgos que no se podía permitir.

Fue Valls quien nombró a dos consejeros delegados que se lanzaron a esa carrera sin que, sumido en la enfermedad, tuviera las capacidades de otrora para embridar el proceso. Eran Fulgencio García Cuellar y, sobre todo, Francisco Fernández Dopico. Ángel Ron, ya de presidente, mantuvo a Fernández Dopico y le dejó hacer.

Más adelante, cuando tuvo la plena responsabilidad de la entidad sin réplica por parte de un Consejo anestesado, como el que padecen casi todas las grandes empresas españolas, cometió errores tremendos que enladrillaron el banco hasta niveles demenciales. Ron emprendió una huida hacia adelante que dejó a la entidad al borde del precipicio adonde le precipitó su sucesor, Emilio Saracho.

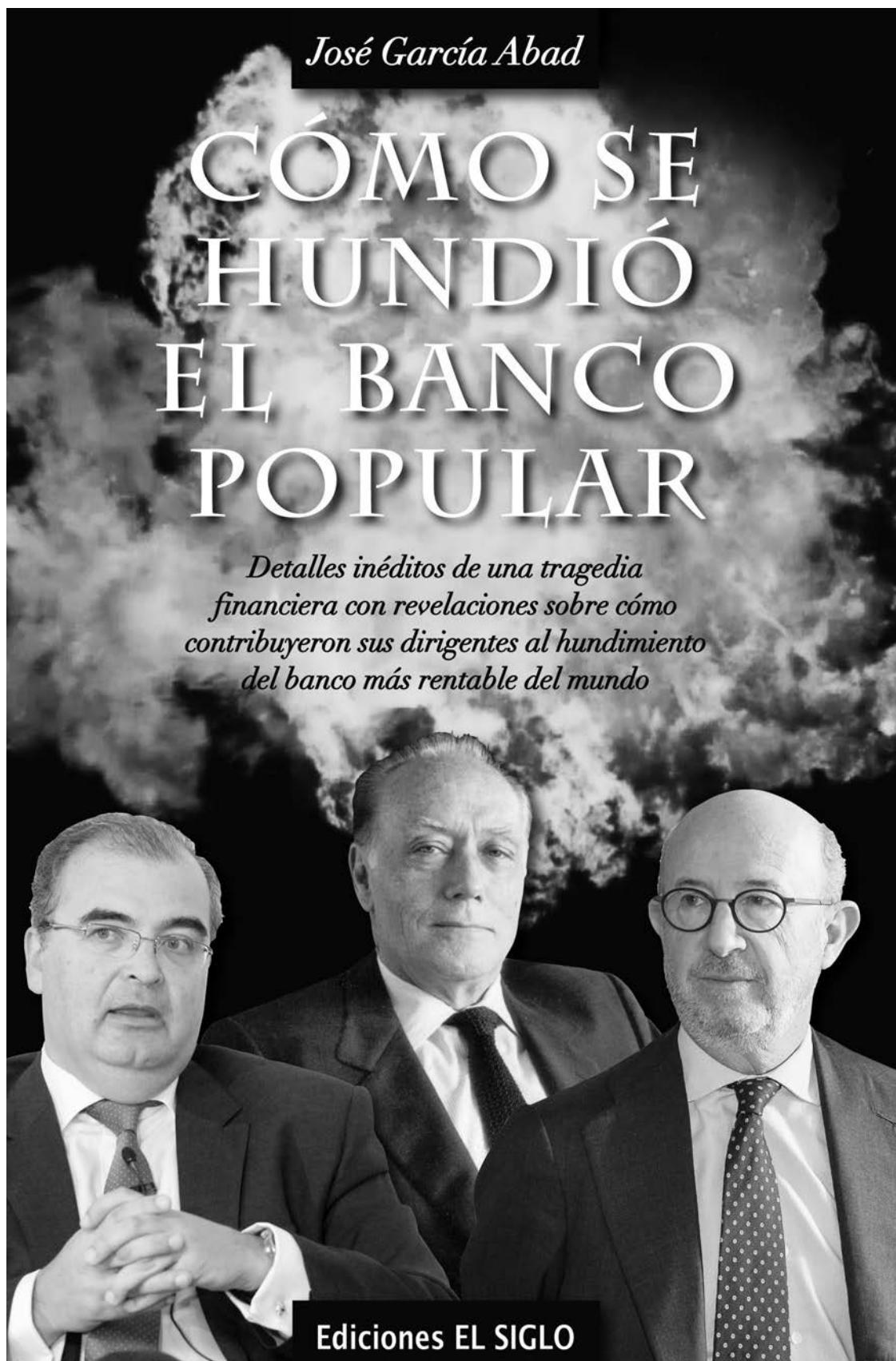
Ángel Ron no fue el único culpable

Sería demasiado simple explicar como única causa de la decadencia y muerte del Popular el relevo en la cúpula por razones de causa mayor y el ascenso a la sala de control del Edificio Beatriz de Ángel Ron. Éste hizo lo que pudo, pero no fue suficiente.

Según explica al autor un importante consejero, Ron siguió de forma demasiado literal las indicaciones de Luis Valls sobre la independencia como misión sagrada, sin entender que las circunstancias habían cambiado pues, tras la muerte de Luis Valls y de Rafael Termes en un lapso corto de tiempo, el control del banco por el Opus Dei había decaído. Y la banca entraba en una nueva época.

Ángel Ron contribuyó a romper la filosofía tradicional de la casa, cometiendo errores de bulto al dar prioridad a los *martinsas* y compañía en detrimento de los tenderos, de la pequeña empresa, que, no obstante, siguió siendo uno de los mejores

Mario Vargas Llosa inicia su novela *Conversación en la Catedral* con esta pregunta que se hace Zavalita: «¿En qué momento se había jodido el Perú?». Al autor le interesaba el cuándo, pero también el cómo se jodió el Banco Popular. Esta doble pregunta es la que guió su investigación. El resultado: un nuevo libro de José García Abad que aporta inéditas informaciones sobre los personajes, lealtades, traiciones y conspiraciones que confluyeron en el trágico final del banco que presumía de ser “el más rentable” del mundo.



activos del banco, del que ha podido aprovecharse el Banco Santander. A partir de entonces el Popular aparece en todas las listas de grandes quiebras inmobiliarias. Pisó en todos los charcos.

Los mayores errores de Ángel Ron fueron la compra del Banco Pastor, que estaba en quiebra camuflada, y no entregar los activos tóxicos a la Sareb, el *banco malo* de control estatal. «Se metieron en todos los saraos —se lamenta Revuelta, un accionista importante—. Y en vez de decir: “Esto no va bien, vamos a coger el

toro por los cuernos”, procedieron a una huida hacia adelante suicida. Nos estaban dando a los accionistas un mensaje equivocado: “Este banco es la leche, estamos cojonudamente. Sobra dinero. Un acto de prepotencia total”.

Una opa a la mexicana

Terminó de joder el Popular la irrupción del mexicano Antonio del Valle y de un grupo de compatriotas suyos que dispararon contra la acción para controlarlo al precio más barato posible, lo que desencadenó un proce-

so que no pudieron parar antes de perder todo el capital invertido. La avaricia, motor del capitalismo, no siempre premia a sus fieles, a quienes se les puede romper el saco.

El autor proporciona detalles de primera mano de la invasión del astur-mexicano Antonio del Valle, miembro de los Legionarios de Cristo a la Obra de Dios, un multimillonario que se enfrenta hoy a los tribunales de justicia españoles que no son como los mexicanos con los que tan bien se maneja. Del Valle representa no sólo a la familia, sino tam-

bién a conocidos suyos. «Gente muy rica —le dice al autor un consejero del Popular—, que cuando profundizas en sus historiales te entra el vértigo».

Era admirable cómo manejaba Del Valle a la prensa mexicana y de qué forma seducía a los políticos y se valía de instituciones religiosas, primero el Opus Dei y después la Congregación de los Legionarios de Cristo, que le proporcionaron más oportunidades que los miembros de la Obra de Dios. Del Valle aplicó al Popular las técnicas amedrentadoras que manejó a la perfección en México. Presionó a Ángel Ron para que en la ampliación de capital que se preparaba éste le entregara las llaves del Beatriz en bandeja de plata. La conversación transcurrió, en su esencia, de la siguiente guisa:

—Antonio del Valle (ADV): Quería plantearte sobre el fondo del asunto, de la ampliación. La cosa está clara y espero que tú también lo veas así. Lo que vengo a proponerte es que de la ampliación de capital de 2.500 millones, yo me quede con 1.000 millones.

[Ángel Ron se queda de una pieza.]

—Ángel Ron (AR): Querido Antonio, lo veo clarísimo y te digo ya que de eso nada.

[Ahora es Del Valle quien se queda estupefacto. No es a lo que está acostumbrado.]

—ADV: Pues no te entiendo, Ángel. ¿Qué pasa, que lo que te propongo no es legal? ¿O que mi dinero mancha?

—AR: Bueno, legal sí es, pero no me parece ético. Yo no voy a convocar una junta general para decir que hacemos una ampliación de capital con derechos de suscripción preferente, para que te hagas con el banco.

—ADV: Para el carro Ángel. Si no es ilegal es legal, no sé si me entiendes... Y si es legal tengo perfecto derecho. A ver si lo entiendes, Ángel, que parece que no te entra en la cabeza. Yo he metido aquí mucha lana y embarcado a gente que está muy cabreada, que es mi mundillo y que piensan que les he engañado; o lo que es peor, que soy un inútil. Los datos son los datos y ni tú ni yo les podemos negar que desde que entramos en esta casa las acciones se han desplomado.

—AR: Bueno, Antonio, ya sabes lo que es jugar en Bolsa.

—ADV: Sí, y se lo que es jugarla y que me la jueguen, porque algo tendrá que ver tu gestión en el desastre. Yo sólo quiero resarcirme. Lo del control no es por la ambición de mandar, que la tengo bien cumplida a mi propecta edad, sino para salvar mi inversión y la de la gente que ha confiado en mí de la forma más hermosa y conmovedora: confiándose su lana. Así que, qué tiene de malo mi propuesta. El banco necesita dinero y yo lo pongo en la cantidad que se necesite, mil millones y lo que sea menester. Y si pongo dinero, mando. No sé si lo entiendes.

—AR: Lo entiendo perfectamente y por eso no lo apruebo. Sería una deslealtad y un abuso.

—ADV: Ángel, yo venía en son de paz, pero tú quieres guerra. Perdona que te lo diga tan claro, de asturiano a gallego, pasando del derecho a los hechos... No tengo más remedio que decirte que este banco, nuestro banco, tiene un serio problema de liderazgo. Si te pones en ese plan, agárrate los machos.

—AR: ¿Me vas a mandar sicarios?

—ADV: Algo más efectivo. Te veo muy chulo, pero no vas a aguantar